

Vocación y amor por la docencia en tiempos de pandemia de Covid-19

Iris Marisol Segura Vaca

Doctora en Educación. Profesora en la Escuela Normal Superior de Jalisco.
marisol.segura@ensj.edu.mx

El año 2020 y su consecutivo han sido años extraordinarios porque han puesto a prueba la capacidad de resiliencia de la humanidad en general para ser capaz de sobrevivir a la pandemia del virus de Covid-19, de acuerdo a Day (2015) la resiliencia es la forma en que los seres humanos pueden recuperarse de manera rápida después de haber sufrido situaciones de peligro. Desafortunadamente se tiene una gran cantidad de fallecidos a nivel mundial que han dejado un vacío en cada una de las familias que tiene que sobrellevar dicho duelo. Afortunadamente con los avances médicos y tecnológicos después de un año se cuenta con vacunas que se están aplicando a diversos sectores poblacionales.

En México, como en otros países, el personal educativo será prioridad para ser vacunado y poder regresar a las aulas, en este sentido viene *ad hoc* la frase “Después de la tormenta, siempre llega la calma”, el hecho de que los docentes sean vacunados da pie a que una vez de tener un tiempo de desequilibrio tanto laboral como personal, vuelvan a mantener la esperanza y sobre todo sentirse seguros de poder mantenerse con salud.

Específicamente la pandemia ha representado un gran reto para el sistema educativo mexicano, lo forzó de manera abrupta a migrar de una modalidad que se operaba casi en su totalidad de una manera presencial hacia una a distancia ocasionando un desequilibrio que se pudiera nombrar como “caos educativo”. Desde lo normativo u oficial se han establecido mecanismos y estrategias de atención pedagógica a distancia que se van comunicando conforme a la estructura educativa cuyo resultado es el juego del “Teléfono descompuesto” porque

la información llega distorsionada o mal interpretada a las escuelas dando pie a que en la operatividad o praxis de dichos mecanismos o estrategia pierdan su viabilidad.

Otro aspecto ha sido la saturación de información, cursos, talleres, *webinar*, diplomados que se han ofertado para la capacitación docente que en ocasiones son voluntarios y otros de índole obligatoria, existe el doble discurso que por una parte el sistema reconoce el esfuerzo, compromiso y responsabilidad que han tenido los docentes para modificar sus prácticas y forma de trabajo para adaptarse a la nueva normalidad, pero a su vez, se les satura de trabajo sobre todo de índole administrativo que sirva de evidencia para legitimar que están cumpliendo con su trabajo y en pocas palabras “Están desquitando el sueldo”.

Más allá del sistema, lo normativo y legitimado, existen elementos que han estado implícitos en la inercia que se ha dado en el trabajo educativo a distancia en este tiempo de pandemia, son propios del docente que conforme va consolidando su experiencia y trayectoria los va haciendo inconscientes hasta convertirlos en invisibles, éstos son la vocación y amor al acto de enseñar. De acuerdo a Savater (1997) la figura del docente sigue siendo un elemento clave de la educación que se centra en lograr un crecimiento de la persona hacia su propia realización, en asumir un sistema de valores y un estilo personal de vida.

La vocación y el amor a la profesión docente es más evidente en aquellos que apenas se están formando o en los casos noveles que están experimentando sus primeros años como profesores, tal parece que conforme van pasando los años en el servicio y el incrementando de la experiencia hace que los maestros se sumerjan en su cotidianidad escolar, sin embargo, quién no recuerda los nervios que sintió cuando se encontraba frente a su grupo de alumnos el primer día de trabajo y sólo venía a la mente ¿por dónde empiezo?, ¿qué hago?, ¡todos me están observando!; la primera reunión con los colegas que aparte de identificarte como ¡el nuevo o nueva!, pareciera que estuvieran hablando en otro idioma

porque sólo entre ellos se entendían; el miedo de la primera junta de padres de familia y la presión de no cometer ningún error ya que tus compañeros te advirtieron que ¡tienes que dejarles claro que tu eres el maestro o maestra!

En fin, se pudieran citar una infinidad de situaciones que marcan la pauta en la formación docente, cada una de estas experiencias hacen que se reafirme la vocación por la profesión o en su defecto ¡se comience a odiar!, por ello la importancia de que aquél que decida ser docente esté convencido de serlo dispuesto de sobrellevar los pormenores o el camino tenebroso que en ocasiones suele ofrecer la docencia, pero lo anterior no se compara con tener la recompensa de alegría y satisfacción de incidir en el proceso formativo de otros quedando resumida al escuchar por parte de los alumnos frases como ¡gracias por enseñarme!, ¡te quiero mucho maestro o maestra!, ¡gracias a ti es que soy un profesionalista!, etcétera. De acuerdo a Corts (2002) el maestro más que con las palabras influye con su vivencia personal, pues el que enseña aparece ante el alumno no sólo como alguien que posee unos saberes sino como un testigo de la verdad y afirmador de valores.

Más allá de la remuneración económica que recibe el docente, que cabe mencionar que es poco comparado con todo la infinidad de acciones y responsabilidad que conlleva su cargo, pero este tema corresponde a otro artículo. La mejor paga de los profesores es el agradecimiento y reconocimiento que recibe por parte de sus alumnos por enseñarlos y facilitar su desarrollo integral, ésta es una consecuencia de la vocación de servicio que tiene para poner sus conocimientos a disposición de sus alumnos y el amor que tiene por los mismos en el arte de enseñar.

Tanto la paciencia, la tolerancia, el compromiso, responsabilidad, la ética, dedicación, dinamismo, creatividad, la actitud de cambio, la innovación, el respeto de la forma de ser y ritmos de aprendizaje de cada uno de los alumnos, entre otros, son elementos que engloban el amor del profesor por la docencia, en definitiva quién carezca de estas características se equivocó de profesión y lo más

probable es que ¡sufrá!, en este caso se considera que nunca es tarde para buscar dedicarnos a la profesión que realmente nos haga feliz porque en lo único en lo que incide un docente que no le gusta enseñar es en que sus alumnos lo que menos quieren es ir a la escuela aprender y por ende demerita la labor de aquellos profesores que ejercen su labor con vocación, Agüeda (1998) sostiene que docente que sólo se preocupa de instruir a sus alumnos, sólo es un funcionario que ni tan siquiera funciona, afortunadamente en el gremio educativo son más los casos de maestros que están por convicción propia convencidos de que nacieron para ser docentes y morirán siéndolo, es decir: aman su profesión.

En definitiva, la vocación y el amor de los profesores que tienen por la docencia y sus alumnos es lo que ha facilitado que aún en este tiempo de pandemia se siga atendiendo y avanzando en los procesos de aprendizaje en la modalidad a distancia, aunque se afirme que ha sido poco el avance, que cuando se regrese a las aulas los alumnos presentarán un nivel de rezago significativo aparte de estar afectados en el ámbito tanto social como emocional; en su mayoría los docentes han hecho hasta lo imposible por tratar de enfrentar este gran reto para ello han modificado su estilo y metodología de trabajo e incluso sus concepciones educativas ya no son las mismas sobre el acto de enseñar por tal de seguir cumpliendo con su labor, son más empáticos con las situaciones familiares del alumnado adaptándose a las condiciones y necesidades de los mismos diversificando sus formas de atención y comunicación.

Hay docentes que han sufrido la pandemia por el hecho de sentirse frustrados por no poder hacer más por sus alumnos debido a que la situación familiar o contextual de éstos sobrepasa su intervención, sin embargo, aún así y a pesar del confinamiento hay quienes se han expuesto en ir a buscar a los alumnos a sus hogares por tal de sentirse satisfechos de estar cumpliendo con su labor educativa, más allá de lo normativo, dicho cumplimiento se asocia más con la convicción del maestro, expresiones como ¡es que no puedo dejar a este alumno o alumna sin atender!, ¡me preocupa que

estos alumnos se me atrasen voy a buscarlos!, ¡nada me cuesta ir a llevarle el trabajo a su casa al alumno o alumna!, etcétera, son las que dan cuenta que a pesar de sobrellevar la nueva normalidad educativa persiste la convicción de los profesores por cumplir con su labor educativa debido al amor que tienen por la misma. Retomando a Gabriela Mistral (citada en Corts, 2002) se hace alusión a su frase “si no puedes amar mucho, no enseñes”, los alumnos tienen que construir y afirmar su personalidad y proyecto de vida para ello necesitan el afecto y apoyo de los maestros para hacer crecer su autoestima, seguridad en sí mismos.

Lo anterior es prueba de que, a pesar de las circunstancias o tiempo adverso, los profesores son sujetos que actúan por convicción y vocación. Se dice que la docencia ¡es una de las profesiones más nobles que existen!, el artesano moldea con su manos el barro al igual que el pintor crea obras de arte, sin embargo, el maestro toca o moldea el ser y saber de sus alumnos que se son el presente o serán el futuro de una sociedad, país o nación, por ello el profesor es un ser humano especial en el sentido de que es capaz de traspasar el ser de quienes acompaña en su proceso formativo. Acorde con Gervilla (1998) la profesión docente exige la vocación, y ambas tiene que ir unidas, ya que la vocación sin profesión hace ineficaz la acción educativa, la profesión sin vocación conduce al educador a un saber-hacer carente de ilusión.

La intención de este artículo es fungir como un tributo para todas las maestras y maestros que todos los días ejercen su labor con amor y por convicción, simplemente ¡gracias!

Referencias

- Agüeda, I. (1998). *Bolitas de Anís. Reflexiones de una maestra*. Bilbao. Desclée De Brouwer.
- Corts, I. (2002). *Educación: un arte, una ciencia, una vocación. Escuela abierta*. Consultado el 21/04/21/ en: file:///Users/irismarisol/Downloads/Dialnet-Educación-286617.pdf

-
- Day, C., y Gu, Q. (2015). *Educadores resilientes, escuelas resilientes. Construir y sostener la calidad educativa en tiempos difíciles*. Madrid: Narcea Ediciones. Consultado el 20/04/21 en: <https://www.redalyc.org/jatsRepo/270/27063237023/html/index.html>
- Gervilla, E. (1998). Educar hoy: Profesión contra vocación. *Bordón*, 51, 435-447
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Barcelona. Ariel.